



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 43. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Noviembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Madrid. Tres meses.	32	Provincias. Seis meses.	74
Seis meses.	62	Un año.	144
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Madrid. Tres meses.	20	Provincias. Seis meses.	46
Seis meses.	38	Un año.	84
Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelagrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmon, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guijarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P.º del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo DE LA MODA, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencí, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, prés le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

Escenas populares, por Angela Grassi.—El progreso por la desgracia, por Abdon de Paz.—A la Excm. Sra. D.^a Micaela Barreda de Muñoz, poesía, por el doctor Lopez de la Vega.—La vida, poesía,

por Agustín Flernando de la Serna.—El día de difuntos, por Luis Coloma.—Recuerdos de Bahía, por Nicasio Alvarez.—La ciudad de Luxemburgo.—El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza.—Revista de Madrid, por Sofía Tartilan.—Explica-

cion del figurín.—VARIEDADES: Correspondencia.—Charadas.—Anuncios.—Advertencia.
GRABADOS.—Vista de la ciudad de Luxemburgo.—Escenas populares.—Paseo de Fahia en el Brasil.—Tipos de Fahia.



VISTA DE LA CIUDAD DE LUXEMBURGO.
Ayuntamiento de Madrid

ESCENAS POPULARES.

LA CARTA DE LA TIERRA.

Nada más bello que la idea que preside á la composicion del grabado que con este título enriquece el presente número. La carta de la tierra! Aunque el mundo es grande, la tierra no puede ser más que una: ¡la patria! ¡Aquel escondido rincón en donde reposan nuestros padres, en donde moran nuestros hermanos, en donde hemos saludado la luz del sol, entregándonos á los plácidos juegos de la infancia!

Aunquesean toscos aguadores los que agrupados en torno de una mesa, tienen fijos sus ojos en aquella carta que ha recibido uno de ellos; ¡qué alegría tan pura, qué emoción tan sublime expresan sus semblantes! Ahí está la carta, el misterioso logogrifo que es preciso descifrar letra por letra, la reveladora de tantas cosas ignoradas y llenas de interés para cada uno de los circunstantes, pues en los pueblos, á pesar de cuanto se propale en contra de sus sencillas costumbres, todos se ocupan de todos, y unidos por un lazo verdaderamente fraternal, no se interpone entre sus habitantes, como en las ciudades populosas, la fatídica sombra de la indiferencia y del olvido.

Aquella carta, pues, va á hablarles de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos; va á hablarles de la joven amante, que postrada todos los días delante de la Virgen bendita, reza por aquel que en lejana tierra gana con el sudor de su frente algunas monedas de oro para volver á la suya, reedificar su cabaña, comprar algún modesto campo, y ser allí feliz esposo y dichoso padre.

Aquella carta va á hablarles de los que han nacido, de los que se han casado, de los que se han muerto. Representa el pobre hogar rico en alegrías, los risueños sotos, las praderas esmaltadas, el toscó y agrupado caserío, los altos cipreses del cementerio, el majestuoso tañido de las campanas de su iglesia, que han solemnizado todas sus dichas y sus penas. ¡La patria! ¡la adorada patria!

Ah! En vano el hombre pensador quiere proclamarse cosmopolita; en vano pretende borrar de su corazón ese sentimiento que le liga á un puñado de tierra: el corazón, rebelde á su razón, siempre se estremecerá de júbilo al recordar el sitio en donde recibió los primeros besos de su madre; el sitio augusto donde reposan las cenizas de sus abuelos; en donde se abrió su alma á los gratos ensueños de la vida. Este dulce y poderoso sentimiento, es el que clava á los habitantes de los Alpes al pie del monte, por el cual se precipitan en invierno los aludes y destruyen su frágil choza; el que clava al morador de Nápoles en la falda del Vesubio, desafiando sus torrentes de lava y fuego; el que detiene al esquimal entre sus tristes crepúsculos y sus montañas de nieve, y al árabe entre sus sabanas abrasadas y sus torbellinos de arena.

No hay flores que puedan competir en belleza á nuestros ojos con las flores patrias; no hay auras que puedan competir en suavidad con las apacibles auras que mecieron nuestra cuna.

Cuando los sentimientos hablan, enmudece la árida filosofía. En vano es pensar, cuando ha llegado el momento de sentir.

¡Oh patria, mi adorada patria, pobre ó rica, risueña ó sombría, mi entusiasta corazón te saluda y te bendice, como te saludan y bendicen los toscos aguadores agrupados en torno de esa mesa!

ANGELA GRASSI.

EL PROGRESO POR LA DESGRACIA.

(Del libro inédito *Antes de Jesucristo*).

Hubo un instante en que Adán, arrojado del Eden, se tuvo por el sér más ruin de la creacion. El dolor ocasionado por el sol, la lluvia ó el aire, penetraba como agudo puñal al través de los poros de su cuerpo desnudo; su marcha en dos piés era una caída continua; é inerme, cuando todo estaba armado en su rededor, no había para él medio de salvacion ó ataque contra las fieras sus convecinas. Sin embargo, ante esta especie de aborto zoológico se detendrán el perro que olfatea el viento y el caballo que hiere la tierra con su casco; inclinarán el toro la cerviz y la rodilla el dromedario; y el tigre y el león se retirarán á las soledades del desierto. Es que aquel recién nacido lleva en su organismo los demás cuerpos del planeta, elementos químicos que le ligan al mineral, orgánicos que le enlazan á la planta, aparatos de nutrición y reproduccion, propios del animal, y funciones de relacion para consigo, con Dios y sus semejantes, conciencia, culto y caridad, que le convierten en rey del universo. Es que en la frente de aquel débil mamífero el Omnipotente ha colocado un rayo de su pensamiento, la fuerza de lo infinito, y ella basta para domeñar la naturaleza.

Como sér organizado, tenderá á alimentarse, moverse, reproducirse. Como sér social, amará á sus semejantes, vivirá en familia, administrará justicia. Como sér intelectual, le será preciso observar, combinar sus juicios, expresarlos. En la trilogía de su esencia tendrá necesidades animales, que le igualarán al bruto; sociales, que fijarán su personalidad; é intelectuales, que le elevarán hasta el

empíreo. Su instinto le impulsará á buscar un alimento con que satisfacer su estómago, y un vestido con que preservar su cuerpo del rigor de las estaciones, á moverse por medio de la marcha á pié, y á reproducirse como toda la naturaleza animada. Su corazón le inclinará á ser bondadoso, clemente, hospitalario, á elegir un amigo, á escoger una esposa y á distinguir el bien del mal, según los eternos principios del *sentido moral* de Gall, *conciencia* de Spurzheim. Su inteligencia, en fin, le inspirará el estudio de los fenómenos y los hechos, al través de los cuales aprenderá á orientarse del lugar en que viva; se iniciará en la mímica por medio del gesto; venerará lo que le sea superior, base de las religiones; imitará las formas, fundamento del arte; invocará el cálculo, origen de la ciencia; y apreciará la sucesion del tiempo, que dará al músico la medida y el ritmo al poeta.

La primera necesidad de Adán es el hambre; mas como no todo el año el árbol dá fruto, en la época en que carece de él sigue de lejos, triste, desfallecido, sin saber qué hacer, las huellas del maamut ó del reno; observa sus menores movimientos; recoge los desperdicios de su comida; descende al valle; llega hasta el lago; y en esta vida nómoda, errante, comprende la utilidad de la *caza*. Apocado, débil, no puede alcanzarla, y para conseguirlo convierte el pedernal en cuchillo y la quijada de algún disforme mamífero en maza. Su persecucion se reduce al ciervo, á la nutria, al castor, animales inofensivos. Cuando se halla frente á frente de otros, mayores en corpulencia, huye aterrorizado; si les encuentra muertos por la enfermedad ó la vejez, se arroja ante ellos sobrecogido de misterioso estremecimiento.

Esta soledad en que vive, si no la vista del monstruoso toro ó del gigantesco elefante, le impulsa á buscar un compañero para juntos constituirse en mútua defensa, á fin de no ser devorados por las fieras, y en mútuo auxilio para arrastrar las muertas en el combate hasta la entrada de la caverna, que, inspirado en la del oso, se ha abierto en la montaña á los golpes del hacha de piedra. Tal es la primera forma de la *sociedad*.

Cada vez que há menester avisar á su inseparable de fatigas el paso de una res de un punto á otro, lanza un sonido gutural, especie de grito ó aullido, acompañado de ridículos gestos y contorsiones, que le sugiere su espíritu de imitacion. Hé ahí el embrión de la *palabra*.

Absurda cosa sería suponer que el hombre procede de una region glaciaria (1), en la que, cubierta la tierra por un inmenso sudario de hielo, hubiese muerto apenas nacido. Más lógico parece que aquella region fuese un país templado, como el que se extiende del Eufrates al Tigris, á pesar de la benignidad de cuyo clima nuestros primeros padres necesitaron bien pronto en él de un ropaje mejor que el consistente en una simple hoja de higuera, no sólo incómoda y frágil, sino impotente para contrarrestar los vapores de la humedad, los rayos del sol y los rigores del aire. Un día ante una bestia muerta, el instinto de propia conservacion le sugiere un traje más propio y adecuado, y al siguiente Adán y Eva aparecen vestidos con *túnicas de pieles* (2), revolucion que bastan á realizar un cuchillo de pedernal y una aguja de hueso.

De esta manera el cazador, con ideas tan débiles de abstraccion y de relacion, sin recordar apenas su pasado, ni preocuparse de lo porvenir, vive de lo presente. Su inspiracion es la fuerza. Con ella, como una necesidad brutal, persigue y doma á la mujer con igual crueldad que á la fiera. Pero en una ocasion al verla desmayada, agonizante, víctima de su brazo de hierro, se aleja meditabundo, como avergonzado de sí propio. Es que su corazón ha sentido los encantos de la *familia*.

A su salida del Eden, nuestros primeros padres habian doblado la rodilla en reconocimiento al Omnipotente que les creara y prometiera un Redentor de su pecado. Por eso Eva, al dar á luz á Cain, exclama regocijada, no tanto por la especie de inmortalidad que lleva en sí la sucesion de los hijos, cuanto por la esperanza del cumplimiento en la promesa redentora: — «¡Adquirí un hombre por el favor de Dios! (3)». No de otro modo, ante el cadáver de su compañero de correrías, el sér, cuya frente ilumina un destello de lo infinito, se siente misteriosamente impresionado. Aquel antiguo amigo yace pálido, frío, inmóvil. En vano le grita y le toca. Halla en él una cosa que le sobrecoge y espanta. Al apagarse la luz de sus ojos, ¿quién sabe si habrá ido á confundirse con la de los cuerpos celestes? ¿Quién sabe si su mirada se moverá ahora envuelta en los resplandores etéreos? Por eso deposita el cadáver en el fondo de la gruta, cuya entrada oculta con ramas y piedras á fin de que el ruido de fuera no turbe

el silencio de dentro. Y es que su religion, olvidada la revelada, única capaz de hacer surgir la inmortalidad de la misma muerte, se cifra en lo incomprensible, en lo maravilloso, en una cosa que resuena en el bramido del mar y en el estampido del trueno, que brilla al través del cráter y del rayo, y que se encarna arriba en los astros, abajo en la corpulencia del elefante.

Nada habla Moisés de las hijas de Adán, ni tampoco menciona sino á aquellos tres, Cain, Abel y Seth, que juzgó necesarios para ordenar la série de sucesion desde el primer hombre á Noé, desde éste á Abraham, y desde Abraham al Mesías; pero de suponer es que el matrimonio paradisiaco diese de sí mayor descendencia de ámbos sexos, y que ésta, crecida en edad, ayudase á sus padres en la recoleccion de los frutos, con que naturalmente les brindaban las estaciones, así como en las campestres correrías, primer medio artificial de subsistencia. De aquí nació la caza en comun, más segura y fácil que la particular, nuevo progreso en la forma social, en la que sin duda el *perro* ofreció ya el tesoro de su nariz y en la que tanto habian de distinguirse, ántes y después del diluvio, Laméché, descendiente de Cain, y Nemród, nieto de Chan.

Terminada la cacería, es preciso repartir la presa, la pitanza del botín; al pretender el más fuerte mayor parte que el débil, surge la lucha, y la sangre del inocente tiñe la superficie del planeta. Para evitar tales conflictos se establece la *justicia distributiva*, cuyas competencias decide el mayor en edad y por ende el más práctico. Tales fueron los orígenes de los principios de *autoridad*, *legislacion* y *propiedad*.

Cantivado el hombre por los colores del iris, rodea de vistosas plumas sus sienes, trazando en su rostro con el limo de la tierra ó el zumo de las plantas geroglíficos extravagantes, al propio tiempo que inspirado por el ideal de las formas graba con la punta del pedernal las figuras de los grandes mamíferos, sus maestros, en el marfil de sus dientes ó en la sustancia córnea de sus astas. Son los rudimentos del *arte*.

Pero llega un instante en que de tal modo acrece la poblacion, que, no bastando á su subsistencia la caza ni los frutos naturales, cree morir de hambre. Qué hacer? ¿A dónde ir para contrarrestar esta desgracia? Entónces en el cerebro humano aparece la *prevision*, ráfaga divina, gérmen de la futura grandeza.

Observa Abel que algunos de los animales á quienes su padre habia cazado, demás de pacíficos, son sumamente útiles, pues que suministran comida con su leche y abrigo con su piel para la cabeza, sandalias para los piés, manto para el cuerpo y colchon para el lecho. Con objeto de que, todavía semi-montaraces, no se escapen á su antigua vida independiente ó sean devorados por las fieras, *pastor de ovejas* (1) forma el aprisco, cuya custodia encomienda al perro, mientras él reposa en la próxima caverna ó en la portátil choza de vegetales.

El cariño maternal de la oveja al cordero y la estrecha union de aquellos rumiantes para librarse de los rigores del calor ó del frío, ó de cualquier otro peligro, demuestran al hombre que no debe de vivir solo, aislado; con lo cual la familia toma nueva forma, y la *tribu*, eligiendo por jefe al más viejo, se organiza junto al rebaño.

Este progreso lleva otro en la mujer. El que ayer la cazaba al acaso, tratándola como una fiera, la considera hoy como digna de aprecio, pues que no sólo sirve para saciar sus apetitos brutales, sino para *hilar la lana* del aprisco. El matrimonio pasa de *raptó á venta*. Una jóven de alguna belleza vale, cuando no una cabeza de buey, á lo ménos una de oveja.

Reflexiona Abel en sus noches de insomnio acerca de la rapidez con que es consumida la yerba, contratiempo que le impulsa á buscar nuevos pastos, ayudado de un animal como el *asno*, laborioso, manso, frugal, encargado de llevar sobre su lomo los utensilios del redil y el lecho y provision diaria de su amo.

A veces en estas, aunque breves, excursiones, el pastor se extravía, porque el terreno es virgen, inculto, y el viento barre con facilidad la huella humana. Abel eleva al cielo su corazón y su mirada, y á su afliccion contestan los astros señalándole con sus dedos de fuego una ruta en la soledad.

Mas el rebaño apenas basta para la comida de una generacion, que acrece por momentos; la oveja, dispersa en la llanura, es una seducción constante de rapiña; difícilmente pasa día sin combate. El hambre llega á tal extremo que la mitología nos ha trasmitido el hecho de que, cuando la tempestad arrojó á Ulises y sus compañeros á las costas de Sicilia, el pastor Polifemo les encerró en la caverna que habitaba junto al mar á fin de devorarlos. En tan apurado trance el hombre ansía hallar una sus-

(1) Lartet y Dawkins, *Congreso internacional de antropología y arqueología prehistóricas*, 1867.—Carlos Lyell, *Antigüedad del hombre demostrada por la geología*.

(2) Génesis, III, 21.

(3) Id. IV, 1.

(1) Génesis, IV, 2.

tancia capaz de dominar la crisis alimenticia que le consume, y la Providencia, por medio del ave, le muestra el grano de trigo, uno de cuyos primitivos ejemplares, encontrado en un necrópolo de Méfis, se conserva en el museo egipcio del Louvre.

Sin embargo, como Cain labrador (1) no conoce otros instrumentos agrícolas que la piedra recogida del suelo, que le sirve de reja, y el palo desgajado del árbol, que le sirve de arado, una y otro llevados toscamente por el buey, que vivo le presta su trabajo y muerto su carne y su piel; en vano se desvive en las faenas campestres, porque la cosecha no responde á sus esperanzas.

«Al cabo de muchos días, Cain ofrece de los frutos de la tierra presentes al Señor (2),» no con la buena voluntad y ardiente fé con que «asimismo Abel ofrecía las mejores primicias de sus ganados (3),» sino por mezquino interés y con soez desconfianza; por lo cual Dios, que protege al bueno, aparta del malo la mirada. El descreído no puede ver la prosperidad del creyente; la envidia le estenua; la tristeza le aniquila; meditabundo y cabizbajo, atormentale sin cesar la idea del crimen.

—«Salgamos fuera,» dice por fin á su hermano.»

«Y como estuviesen en el campo, levántase contra él y le mata (4).»

Cain entierra el cadáver de Abel, persuadido de que de este modo quedará oculta su maldad (5); pero el que todo lo sabe y es vengador de la inocencia le grita con voz que penetra hasta lo más profundo de su alma:

—«¿En dónde está tu hermano Abel?»

—«No lo sé,» —replica groseramente el criminal, pretendiendo encubrir su delito. —«¿Acaso soy yo guarda de él?»

—«¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Maldito, vagabundo y fugitivo serás sobre ella, y cuando la labradores no te dará sus frutos.»

—«Mi iniquidad es muy grande para merecer perdón,» —exclama Cain desesperado, injuriando á Aquel cuya bondad no tiene límites. —«Vagabundo y fugitivo, cualquiera que me halle me matará.»

—«No será así, antes bien el que mate á Cain siete veces será castigado.»

«Y el Señor pone una señal á Cain para que nadie le mate (6).»

Lenguaje propiamente divino. Ningun pasaje de la Sagrada Escritura tan terrible, conmovedor y sublime. Ninguno que muestre con tan vivos colores al Dios de la misericordia y la justicia.

La fijeza del campo fija al hombre una residencia. El que hasta entonces había caminado sobre la pista de la caza ó sobre la huella del rebaño, asienta su planta en la propiedad verdaderamente tal, naciendo de la íntima alianza entre él y la tierra la idea de la patria. Primero había decorado la entrada de su caverna ó había formado su choza de las ramas del vegetal, del que vivía; luego de las pieles del rebaño, del que se alimentaba; esta vez recoge del suelo mismo, del que brota la cosecha, la piedra destinada á hacer una revolución en su morada. La reforma en la caverna da de sí la edificación de la granja, frente á la cual se extienden la viña, el huerto y la siembra para el hombre y la dehesa de pastos para el ganado; cuyos dominios guarda el perro fiel; á cuya puerta la mujer hila el cáñamo; en cuyo corral canta el gallo, reló del trabajo; en cuyo establo muje el buey; sobre cuya techumbre arrulla la paloma; y al pie de cuyo muro zumba la abeja en derredor de la colmena, verdadera república federativa con sus celdas falansterianas.

El labrador, que en la construcción de su nueva vivienda ha podido apreciar la forma plástica de la arcilla, la amasa, la cuace al sol y hace de ella el ánfora, que contiene el agua del arroyo, el vaso, que aplicado más tarde á la llama dará nuevo sabor á la comida, y la lámpara, estrella doméstica, destinada en lo porvenir á encerrar el sol en una gota de aceite.

Pero la cosecha no sólo depende de una tempestad del cielo, cuanto de otra de la tierra. Hombres intrépidos, á quienes la mitología llama centauros ó «hijos de las nubes,» y la Biblia «gigantes, los poderosos desde la antigüedad, varones de fama (7),» armados de la honda y la clava y ginetes en un animal como el caballo, esencialmente militar, asociado ahora á sus guerreras escursiones; convierten su heroísmo en rapiña y su afán en la persecución del labrador, al que asedian y mortifican con repetidas algaradas. Irá á perecer la tribu agrícola?

En los humbrales de la vida parece que surgieron del

fondo de los mares innumerables colonias de musgos y moluscos briozoos, afectando una geometría admirable, puntos, ángulos, triángulos, círculos, rombos y polígonos. Inspiradas sin duda en ellas nacieron la ogiva asiria y la columna caldea, que más tarde habian de dar de sí la arquitectura egipcia, representada en los templos de Tébas, la griega en el de Teseo, la bizantina en Santa Sofía y la árabe en la Meca. Pues bien; aquellos obreros imperceptibles, sujetos á un plan providencial para ellos desconocido, ofrecen, como la abeja desde los alvéolos de su colmena, la imagen de la verdadera mansión del hijo del Dios del progreso, fuera del alcance del Satanás de la barbarie. El hombre que, aunque toscamente, ha podido apreciar el plasticismo de las formas en el dibujo y el grabado, en el ánfora y la granja, abandona la llanura, su sepulcro, por la colina, su defensa, para apreciarle en más ancho horizonte por medio de una arquitectura más vasta. La familia asociada había formado la tribu. Ahora la tribu asociada por Henoch, hijo de Cain, forma la ciudad (1), unida por la senda á la mies y al rebaño, circundada por muros de sillares de granito, cortados y asentados sin orden, género importado anónimamente al Egipto y de allí más tarde á Grecia por Cécrope, fundador y primer rey de Atenas.

Sin embargo, el gigante no se detiene. No satisfecho con haber ocupado la senda para sitiarse por hambre á la ciudad, se dispone á avanzar hasta la cumbre, sin que la defensa de la multitud, ni la ventaja de la altura, sean bastantes á contrarrestar el ímpetu de aquel verdadero *homo hominis typus*. Qué hacer? Adónde dirigirse? En vano la naciente ciudad de Henoch piensa en huir, cercada como se halla por el mar con sus olas, el bosque con sus tigres y el centauro con sus armas. En el círculo de hierro en que se ha encerrado, sólo le queda morir de hambre. Pero nó: hoy, como en tantas ocasiones, la misma fuerza del infortunio se abrirá paso al través de los obstáculos de lo porvenir.

La propiedad ha dividido al hombre en dos razas, la que posee y la que no posee. Se comprende que la primera se defiende del enemigo que quiere arrebatarle su fortuna; mas la otra, ¿qué puede esperar de la lucha? ¿Vencedora ó vencida, no será su suerte la misma? ¿A qué vivir aquella vida, no ya de continua miseria, si que también de continuo desasosiego? Recuerda uno de sus individuos la tranquilidad del lago, cuyas ondas hienden peces de sabrosa alimentación; recuerda otro que arrastrado por las aguas de un río el tronco de un árbol, desgajado al peso de los años, sobrenadaba en la corriente; y mientras el primero huye á realizar el ideal de sus ensueños, horada el segundo con su hacha de piedra un tronco vegetal, forma la piragua, la lanza á las olas, se embarca en ella y arriba á la isla. Ambos observan respectivamente cómo el industrioso castor arranca la estaca del arbutto, la hincia en la húmeda orilla, junta entre sí los pilotes con ramas flexibles y sobre estos cimientos asienta su rústica cabaña, á la vez almacén y refugio. Ahí teneis el germen de las ciudades marítimas Sodoma y Gomorra, junto al Asfáltite, y de los hermosos pueblecillos acáticos del lago de Galilea, Cafarnaun y Bethsaida, unas y otros alimentados por la pesquería. Ahí teneis el embrión de las aldeas lacustres de la futura Suiza, ahora encerradas en algunos islotes del Egeo, ignoradas, sencillas en sus costumbres, independientes en su modo de vivir, confederadas más tarde entre sí contra las fieras ó otros aldeanos isleños que pretenden su conquista.

Entre tanto Lamech, aquel esforzado varón, descendiente y asesino providencial de Cain, según una tradición hebrea, referida por San Jerónimo, reúne en Henoch á sus cuatro hijos Jabel y Jubal, habidos en su mujer Ada, y Tubalcain y Noema, habidos en su otra esposa Sella; infunde en sus corazones el entusiasmo; y todos de consuno trabajan noche y día para oponer desde la montaña un dique al enemigo.

Tubalcain, á fuerza de constancia, llega á ser *artífice en trabajar de martillo toda obra de cobre y hierro* (2). Mas esto no le satisface. ¡Si él pudiera arrebatar al cielo su fuego! ¡Si él pudiera detener la chispa que arroja el choque de su martillo! Una noche aquella chispa aplicada á un madero dá el tizon, el cráter y el relámpago encarnados en los filamentos de la planta. El hombre se ha salvado. La mitología llama á este héroe Prometeo, y supone que Júpiter castigó su impiedad encadenándole en la cima del Cáucaso, donde un buitre le devoraba el hígado, que renacía incesantemente para perpetuar así sus dolores.

Del tizon, empapado en la grasa de los animales, nace el hogar doméstico, todo un mundo de poesía y de recuerdos, y la fragua, que arroja de sí la azada y la reja

para el perfeccionamiento de la agricultura, la sierra y la barrena para la industria, y la espada y la lanza para la guerra; progreso que inspira á los moradores de Henoch un himno á la victoria, y á Jubal el invento del primer instrumento musical (1) con que es acompañado el canto, bélico. Del Jubal hebreo tomaron sin duda los Helenos la fábula de su dios Pan, inventor de la flauta de siete tubos, llamada *Siringe*, y del himno de Henoch copió el Rig-Veda indo-ario la plegaria con que, al frotar las varas del arani, se invocaba al poderoso Agni, el Apolo griego, el *Ignis* latino, rey de los pastores, padre del sol, dios inmortal, pues que renacía todos los días, y árbitro de la fuerza, pues que todo lo consumía, incluso las ramas de los árboles y la manteca de los ganados, que se le ofrecían en sacrificio.

La aparición del fuego hizo brotar tales prodigios. El indo-ario miró en aquel elemento la encarnación de la Divinidad, como el salvaje del Pacífico de la época de Magallanes vió en él la encarnación de un animal, que devoraba la madera. Desde aquella fecha el padre se convirtió en sacerdote; levantó altares; compuso y cantó himnos en su nombre, en el de su mujer y de sus hijos; y el hogar no sólo fué ya el tabernáculo de la familia, sino el de la religión, la cual, si se contentó un día con ramas y manteca, exigió en otros tiempos y lugares más cruentos holocaustos. ¿Quién no se estremece al recordar á Agamenon inmolando á su propia hija Ifigenia en los altares de Diana, á cambio de un viento favorable á la flota, anclada en Aulis, con la cual anhelaba marchar contra Troya? Ah! Sólo Dios, que reservaba á su único Hijo en ofrenda propiciatoria para la salvación del mundo, era capaz de oponerse á aquel suicidio universal, deteniendo el brazo de Abraham y sustituyendo á la víctima humana el cordero.

La mujer, que recostada al pie del aprisco con la rueca en la mano había hilado la lana, y sentada á la puerta de la granja había hilado el cáñamo, inventa ahora en la ciudad el arte de *tejer la tela*. Noema (2), la *Nemanun* ó Minerva griega, da un nuevo paso en el camino de su redención. Sobre sus gracias naturales, sobre la fuerza de su debilidad, descuella su génio. De hoy más tendrá túnicas de invierno y de verano para sí, sus hijos y marido; y éste, en justa recompensa, convertirá por medio del rústico buril de pedernal el diente del maamut y el asta de ciervo en collares, zarcillos y brazaletes, con los que engalanará á su compañera. La que valía una cabeza de oveja ó de buey, valdrá, como Rebeca, hasta «diez camellos, vestidos, vasos de plata y oro y otras alhajas, sin contar los regalos á la madre y hermanos de la novia (3).» Y la que ayer gemía desconsolada, acrecida hoy en dignidad, vislumbrará más asequible el cumplimiento de las promesas paradisiacas.

Sólo faltaba el invento de Jabel, y éste, con la tela tejida por su hermana Noema, forma la *tienda*, esto es, la granja nómada, la ciudad portátil, que, llevada sobre los anchos lomos del camello, acompañará al centauro en sus campañas del Tigris al Indo, y al pastor en sus escursiones del Eufrates al Nilo.

La riqueza de la ciudad, donde la vida espiritual se sobrepone á la física, donde, dividido el trabajo, progresa la industria, se desarrolla el arte, florece la ciencia y nace el comercio, excita la avaricia del gigante. Sustituidas ahora la honda por la lanza y la clava por la espada, no hay obstáculo que le detenga; y como nunca valeroso, intrépido, todo lo avasalla y subyuga. Guarda las poblaciones conquistadas contra la invasión de nuevos ladrones; se apodera de otras para aumentar sus tesoros y poderío; y de villa en villa, de ciudad en ciudad, de conquista en conquista, la raza aventurera lleva bajo los cascos de sus caballos el germen de la última forma del progreso, la *nación*.

En una de ellas, al oriente, aparece envuelto en las sombras de los tiempos un príncipe tan disoluto como poderoso, terror de sus contemporáneos, verdadera encarnación de la sociedad centáurica. Por alcanzar y conservar un trono usurpado, sostiene guerras de exterminio; devora á su primera mujer; roba princesas, que conduce á la fuerza á sus dominios; se levanta en armas contra su propio padre, á quien mutila y arroja lejos de sí; y, como si esto no bastara, por no ver de cerca la deformidad de uno de sus hijos le dá tal puntapié, que en la caída le deja cojo para siempre. Aquel príncipe se llama Júpiter, y su reino la isla de Creta, donde la mitología forja el Olimpo, nombre de uno de sus montes. Aquellas guerras son las de los Titanes, á quienes correspondía el trono por derecho hereditario. Aquella esposa devorada, Métis ó la reflexión. Aquella princesa seducida, Europa, hija de

(1) Génesis, IV, 2.

(2) Id., id. 3.

(3) Id., id. 4.

(4) Id., id. 8.

(5) Josefo, Ant. I, l. c. 3.

(6) Génesis, IV, 9 al 15.

(7) Id., V, 14.

(1) Génesis, IV, 17.

(2) Id., IV, 22.

(1) Génesis, IV, 21.

(2) Id., IV, 22.

(3) Id., XXIV, 53.

Agenor, rey de Fenicia. Aquel padre destronado, Saturno. Aquel hijo arrojado de un puntapié, Vulcano. Pues bien: todas estas liviandades, todos estos crímenes, llevan en sí grandes progresos. Del cerebro de Júpiter, dolorido por la dificultad de la digestión de Métis, surge Minerva, la diosa de la sabiduría. Creta, trasformada en Olimpo, llega á ser la primera potencia marítima del Mediterráneo. El destronamiento de los Titanes viene á probar la inestabilidad de los más fuertes poderes de la tierra. Cadmo, enviado por su padre en busca de su hermana Europa, funda á Tébas, capital de la Beocia, en Grecia, á cuyas regiones importa la escritura fenicia. Saturno, emigrado al Lacio, enseña á sus habitantes la agricultura.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
DOÑA MICAELA BARREDA DE MUÑOZ.

HOMENAJE DE PROFUNDA CONSIDERACION Y ESTIMA.

A la voz victoriosa y sin segundo
Que surge de la Cruz á toda hora,
Y cunde por los ámbitos del mundo
Dando esplendor á la naciente aurora,
Frutos produce el reluchar fecundo,
Que á la prole de Adán le da valía,
Produciendo en los pueblos la armonía
Que ha vencido á Satán torpe, iracundo.

LA VIDA.

De la edad en los albores,
Cuando en el placer se sueña,
Y el alma goza risueña
Con aves, montes y flores;

—
Cuando deleita el vivir,
Porque vivir es gozar,
Y no se sabe pecar,
Y no se sabe sufrir;

—
Cuando corre la existencia
En una bendita calma,



ESCENAS POPULARES.

ra y asienta en su Capitolio los cimientos de la ciudad de Saturnia. Y Vulcano, caído en la isla de Lemnos, establece allí sus armoniosas fraguas, de las que surgen rayos para los dioses, coronas para los reyes, armaduras para los héroes y collares para las vírgenes.

No de otro modo la ingratitud de sus compatriotas los Atenieses, que le acusan de ladrón é impío, infunde aliento á Fidias para grabar su Júpiter Olímpico; del iris, que sucede á la tempestad, toma Apéles los cuatro colores con que dibuja su Vénus dormida; y en los rigores de su vida, infortunada desde ántes de nacer; en la seducción de su madre Critheis, la huérfana de Esmirna; en el olvido de su patria, en la ceguera de su vista y en las adversidades de su suerte, que le obligan á mendigar el pan de cada día, halla Homero la inspiración de su *Iliada*.

El progreso es hijo de la desgracia. ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, no han costado los adelantos que hoy admiramos! ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre no encerrarán los arcanos de lo porvenir! —ABDON DE PAZ.

(De la Revista de España.)

Séres aquí de pecho esclarecido,
Que como vos, con caridad ferviente,
Derraman el manjar apetecido
Que endulza el eco del pesar doliente,
Son los que Dios con honra ha distinguido
Para mostrar su gracia omnipotente,
Dando luz y consuelo á los mortales
Y ensalzando los puros ideales.

—
Vos, tierna madre, esposa, noble amiga,
Estrella sois de la ciudad cristiana,
Y en vos por eso la orfandad se abriga,
Porque sois del que sufre dulce hermana.
Y vuestro nombre á otro inmortal se liga (1)
Que venera la prole castellana;
Y con él alcanzásteis en la historia,
Una gloriosa y eternal memoria.
Madrid 25 de Octubre de 1872.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Sin pesares en el alma
Ni manchas en la conciencia...

—
En esa edad bendecida
Que ni un desengaño encierra:
Gran Dios, qué hermosa es la tierra!
Gran Dios, qué hermosa es la vida!

—
Cuando se empieza á querer
Y se empieza á ambicionar,
Y aunque se sabe gozar
Ya se sabe padecer;

—
Cuando nos arroja el hado
En una nueva existencia,
Y se olvida la inocencia
Para aprender el pecado;

—
Cuando siente el corazón
El primer remordimiento,

(1) La Excmo. Sra. Duquesa de la Caridad (q. e. r. d.)
Ayuntamiento de Madrid



François Ehrhard, Edite Imp. Paris et Bruxelles.

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim. II, 3.

Porque imprime el pensamiento
En la conciencia un borron...

—
En esa edad tan florida
Que ya pesares encierra,
No es tan hermosa la tierra!
No es tan hermosa la vida!

—
Cuando ante viles pasiones
Nuestra cerviz inclinamos,
Y del niño despreciamos
Las sencillas diversiones;

—
Cuando con loco desden
Miramos á lo eternal,

que, por lo general, amanece nublado, como si la tristeza de la tierra marchase acorde con la del cielo: el color ceniciento de las nubes, y sus caprichosas formas, recuerdan en sus flotantes pliegues un sudario, y en sus matices aplomados el contenido de una tumba.

Los cementerios, lugares en que la muerte archiva sus trofeos, se alumbran en este día con luces de cera, se adornan con flores y coronas, y se riegan con lágrimas.

Este es el día de los recuerdos, y de ahí viene su tristeza; porque con razón se ha dicho que el recuerdo es un corrosivo, y el olvido un bálsamo. Pero ¡cosa rara! El recuerdo que pone de continuo ante los ojos las sombras de los que en vida se amaron, es un corrosivo que el amor se complace en derramar sobre el corazón; y el olvido que las disipa, las disuelve y pone empeño en alejar-

compañera, sino cuando sólo reina allí el silencio de las tumbas; cuando sólo se oye el asqueroso roer de los gusanos, el triste susurro de los sauces que inunda el alma de melancolía, y el misterioso y peculiar de los cipreses que parecen murmurar una plegaria.

Una tapia baja le rodea: por encima de ella asoma unas veces un sauce inclinando al suelo sus ramas como para llorar en la tierra, otras alza un ciprés las suyas como para esperar en el cielo, y de trecho en trecho se levanta una cruz con los brazos abiertos, como ofreciendo su amparo. ¡Vosotros los que no creéis, dejad las ilusiones en esa puerta en que el tiempo y la muerte cruzan sus guadañas, y que, siempre abierta, parece una boca que jamás se sacia y espera sin cesar nuevas víctimas!

Pisad aquel polvo en que cada grano formó parte de la



PASEO DE BAHÍA EN EL BRASIL.

Y damos la frente al mal
Volviendo la espalda al bien;

—
Y el vicio que crece y crece,
Del alma se enseñorea,
Y la cabeza blanquea,
Y la conciencia ennegrece...

—
En esa edad maldecida
Que tanto dolor encierra;
Ya no es hermosa la tierra!
Ya no es hermosa la vida!

AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA.

EL DIA DE DIFUNTOS.

REQUIEScant IN PACE.—AMEN.

La muerte, esa gran catástrofe de la vida, que el débil teme y el valiente provoca, que el desgraciado llama como un remedio y el justo espera como un tránsito; esa deidad terrible que cubre su repugnante esqueleto con despojos de púrpuras y sayales, laureles de héroes y cadenas de presidiarios, tiene también su día de fiesta. Día

las, es un bálsamo que tiene á la ingratitud por madre.

La voz de las campanas, que en este día no repican alegres, sino que tristes lloran, no es el mero sonido de un bronce: es la voz del padre, de la madre, del hermano muerto, que viene á decirle al vivo: *Acuérdate*. Que viene á decirle que la tumba está colocada en los confines de dos mundos; que las lágrimas que se derraman en el uno, resuenan en el otro como un consuelo; que las oraciones que en éste se pronuncian, sirven en aquel como un remedio. Voz angustiosa del que sufre y espera; voz triste del que pide á los vivos lo que tanto vale para los muertos: *¡un sufragio!*

Esta es la gran prerogativa de la Iglesia Católica, que salvando el terrible escollo de la muerte, proporciona al amor la dicha de hacer bien por los que quiere hasta más allá del sepulcro. ¡Creencia sublime, que si no fuera una verdad profunda, sería un magnífico consuelo, y que, sin embargo, encuentra quien la rechaza como absurda y estéril.

Aquellos espíritus fuertes que sacuden el yugo de la religión porque le prohíbe sus vicios; aquellos materialistas que niegan la eternidad porque la temen, pasen las puertas de un cementerio. Pero no en ese día en que la multitud profana la soledad que la muerte escoge por

vida; entre aquella multitud que, como dijo un poeta, está solitaria, porque allí nada supone el número; allí donde la vista sólo descubre montones de huesos y desengaños de tumbas, que árboles y flores tratan de ocultar, consiguiendo sólo poner de relieve su horror; allí donde todo se destruye y parece concluir, sentado sobre una tumba, y sólo con la muerte por testigo, es donde se siente en toda su pujanza la necesidad de la inmortalidad.

Tienda el materialista la vista en derredor, mírese luego, medite despues. — ¿Qué soy yo? dirá. — Máquina delicada que el más leve accidente descompones; monton de polvo que el más suave viento esparce; hinchado orgullo hoy, ¡vencida flaqueza mañana!... ¿De qué me sirve la ciencia, si no descubre el secreto de la vida, ni me hace esperar nada de la muerte? ¿De qué el talento, si mi cabeza ha de quedar reducida á una calavera pelada? ¿De qué el dinero, si todo el oro del mundo no logrará darme un día más de vida? ¿De qué la virtud, si el mismo polvo cubre aquí al veraz y al embustero, al ladrón y al robado, al asesino y á la víctima? ¿A qué sujeto mis pasiones, si la tierra no me consuela ni me premia?...

Qué vacío primero! Qué desaliento despues! ¡Qué desesperación más tarde! ¡Qué horrible furor, por último, que le lleva al suicidio!

Pero levantad la venda á ese hombre que, al darse la muerte, sólo piensa volver á los elementos los átomos que lo formaron, y entonces sentirá ese hálito divino, ese soplo de vida que anima su materia organizada de carne, huesos, músculos y nervios: entonces exclamará con Pascal: "Soy una frágil caña, pero una caña pensadora." Dirá con Newton: "El sol es mayor que yo, pero yo lo mido;" y añadirá con Augusto Nicolás: "Conozco mi flaqueza, y el universo ignora su fuerza. Y hé aquí que por esto sólo soy superior á esta misma fuerza. Soy, en fin, la flor de los campos abierta á la mañana, seca á la tarde; pero tengo, como la flor, un perfume, que una vez marchita ésta se va al cielo!"

Y si el demonio del orgullo le arrastra como á Luzbel demasiado lejos, entonces arrojará la vista en derredor, y verá huesos, tumbas, desengaños, soberbia humillada, poderes que tiranizaron el mundo y caben ahora bajo una losa de mármol. Entonces sentirá ese terror saludable que hizo decir al padre Kempis: "Piensa en la muerte y te salvarás;" y como las cosas humanas le parecerán perecederas, sabrá gozar sin disipación y sufrir sin abatimiento, desear sin inquietud y adquirir sin injusticia, poseer sin orgullo, y—lo que es más difícil á la débil condición humana:—perder sin dolor!

No verá en la muerte un fin que aterra, sino un tránsito que consuela; no verá la vida que se acaba, sino la eternidad que empieza; y contemplando sin pavor las tumbas que le rodean dirá, no con la fría calma del estoico, sino con la dulce esperanza del cristiano: *Requiescant in pace.—Amen.*

LUIS COLOMA.

RECUERDOS DE BAHÍA.

Tres años permanecí en esta bellísima población, fundada por Tomás de Souza, bajo el reinado de Juan III, en 1549, y que fué capital del Brasil hasta 1773, en cuya época obtuvo este título y privilegio la ciudad de Rio-Janeiro.

San Salvador ó Bahía está situada en una lengua de tierra que se adelanta al E. de la Bahía de todos los Santos, á 224 leguas de Rio-Janeiro. Su situación es sumamente pintoresca, pues se levanta en anfiteatro sobre la loma de una colina, y presenta un grupo muy vistoso de casas, edificios públicos, cocoteros y bananos. El número considerable de fortalezas que la defienden por todas partes, y el puerto, que es uno de los más hermosos del mundo, sorprenden y admiran al viajero que llega á ella por mar, por más que el aspecto interior de la población no corresponda á la belleza y grandiosidad del conjunto.

Es ciudad de gran comercio, y se calculan en más de 2.000 al año los buques de todas las naciones que fondean en su puerto, siendo sus principales artículos de exportación, oro, pedrería, azúcar, tabaco en hoja y en polvo, palo Brasil, cueros, bálsamos de Copai; mientras los géneros de importación consisten en ropa blanca, paños, sederías, tejidos de algodón y granos.

Los habitantes son blancos, mulatos y negros, y sus costumbres suaves y apacibles, como su fértil y bonancible suelo, en donde la vegetación es sumamente lozana y vigorosa.

Tres años vagué entre los cocoteros y bananos, que pueblan las orillas del mar, enviando entre las auras y las olas mis suspiros á mi adorada España; y hoy que he regresado por fin á la madre patria; hoy que he fijado aquí mi residencia siendo feliz esposo y feliz padre, no puedo menos de enviar de vez en cuando mis suspiros á aquella hermosa tierra hospitalaria, vestida por el Omnipotente como una desposada que se acerca al ara santa, y cuyos habitantes inteligentes, probos y amables, me han acogido y tratado como á un tierno hermano.

NICASIO ALVAREZ.

LA CIUDAD DE LUXEMBURGO.

Esta ciudad, situada á 22 leguas de Lieja y 32 de Bruselas, descuelga sobre la margen izquierda del río Alzette. Ha sido una de las más fuertes de Europa, y se divide en alta y baja; la primera agrupada sobre una elevadísima y escarpada peña, mientras la segunda se extiende por el llano bañada por las aguas del río. Aunque pequeña, tiene hermosos edificios y casas de muy buena construcción. Su clima es sano y templado, los campos que la rodean fértiles, y las selvas que la ciñen extensas y pobladas de robles, hayas y fresnos.

Esta ciudad, tan codiciada por los Prusianos y Franceses, es sumamente pintoresca, y sus industrioses habitantes de costumbres rígidas y sencillas.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

Me respondió que el mal era de muerte, y ante él los recursos de la ciencia inútiles; que todo lo más que se podía hacer sería alargarle algún tiempo la vida, y para eso eran necesarios los mayores cuidados y que nada le faltase.

General, he cometido muchas faltas; pero creo que Dios me tomará en cuenta el bien que hice al padre de Angela; bien que fué un mal para su hija, pues yo he sido tan infeliz, que mi presencia siempre produjo la desgracia y el mal, aun para las personas á quienes más he querido.

Desde que fui á ver al anciano, no me separé de su lado y del de su hija. Hice que me trajesen de mi casa muebles, ropas, dinero, en fin, todo lo necesario para hacer de una pobre buhardilla una habitación aceptable. Bien hubiera querido trasladar al padre de Angela á mi suntuosa casa, mas no era posible, porque el moverle hubiese sido acelerar los pocos días que le restaban de existencia. Su hija me dabalas más afectuosas y tiernas gracias, llamándome "su ángel de caridad." Pero si ella estaba agradecida, yo la contemplaba extasiada. ¡Oh, amigo mío! En los labios de aquella virtuosa criatura no se oían más que palabras de dulzura, de bondad y alabanza á Dios. Su fé sincera no desmayaba ante ninguna desgracia.

Ella, que tenía tanto de qué quejarse! ¡Ella, que toda su esperanza estaba cifrada en su padre, y le veía postrado en el lecho, inútil y con los días contados!

Hay seres en este mundo privilegiados, ¡y Angela era uno de esos seres! Hay personas que no nacen más que para el sufrimiento y la abnegación, ¡y Angela era una de esas personas! Ella, con heroica caridad, asistía á su padre y bendecía al Señor.

Virtud tan sublime, Augusto, tenía que contagiarme, y así sucedió. Ante aquella pura criatura yo me consideraba pequeña y mezquina. Ante Angela, perdía la vanidad de mi hermosura, y empezaba á comprender que había otra belleza que la corporal: La del alma! ¡La de la virtud! que nunca perece, y que dura tanto como la vida: ¡más, pues resplandece todavía sobre el sepulcro! ¡Qué era mi belleza al lado de la de Angela? Polvo, nada! Mi hermosura, una enfermedad podría destruirla; la de Angela ¡era imperecedera! Mi belleza sólo duraría algunos años, la de Angela ¡siempre!

General, empecé á detestar mis tan envidiados triunfos, y deseé, á imitación de mi amiga, adquirir algunas prendas morales. A los pocos días de estar al lado de Angela, me encontré notablemente variada.

Ah! mis propósitos no podían ser mejores; mas el destino se encargó de arrojarlos por tierra.

Hacia ocho días que no había vuelto á mi casa; mi padre, que me amaba con delirio, no me apuraba y aprobaba mis gastos para socorrer al padre de Angela y mi asistencia á su lado.

La tarde que cumplía los ocho días que yo estaba allí, se presentó el joven marino, novio de Angela, de regreso de su viaje. Al ver al anciano en tan triste estado, se conmovió tiernamente, y me dió las gracias por los auxilios que le había prestado.

Angela me había referido el día anterior la historia de sus amores.

Leopoldo era huérfano de padre y madre; un tío le había dado carrera, sobrepujando el niño sus esperanzas, pues á los veinte años llegó á ser alférez de navío.

Conoció á Angela y la amó, como no podía menos de suceder, y esperaba con la más pura calma á ser teniente de navío para casarse con ella.

El joven no poseía bienes de fortuna; así fué que su presencia sólo nos sirvió para ayudarnos á cuidar al anciano, pero nada para los gastos de la enfermedad: felizmente estaba yo allí, que lo suplía todo.

Desde la llegada de Leopoldo, el padre de Angela se había encontrado un poco mejor, y con este motivo la bordadora se alejaba de él algunos ratos para atender á los negocios de su casa; de este modo, el marino tenía muchas proporciones de estar á solas conmigo. Cuando esto sucedía, no me decía una palabra; clavaba en mí sus penetrantes ojos, y me devoraba con su mirada, aunque fuese una hora.

General, me sentía agobiada bajo el peso de aquellos ardientes ojos, y sufría; ¡sí, sufría mucho, porque conocía que estaba perjudicando á Angela; pero cómo había de abandonarla en aquellos momentos, en aquel estado!

El joven no podía dominarse; un encanto particular le arrastraba hácia mí, fascinación que él no tenía la suficiente fuerza de voluntad para romper.

Augusto, le juro á V. que yo no hacía la menor coquetería para atraerlo; por el contrario, siempre estaba con él seria y aun seca; ¡mas en balde! la fatalidad me perseguía, y no podía causar más que males, ó por mi culpa, ó inocentemente.

Comprendí que no debía estar más tiempo allí, y se lo dije á mi amiga.

Ella lloró, suplicó, pero todo fué inútil; á su lado había aprendido á ser buena, y no quería causarla más daño. La pobre niña, que nada adivinaba de la violencia de mi posición y la creciente locura de su amante, atribuyó á un capricho lo que era una virtud.

Me separé de Angela con pesar, pues la quería mucho, porque á ella era deudora de los primeros gérmenes de virtud que había conocido.

Leopoldo, al verme partir, fijó sus ojos atónito en mí, se puso pálido como el nácar, pero no dijo una sola palabra para detenerme. Tal vez el infeliz joven se alegraba en su interior de no verme todos los días, creyendo que de este modo se rompería el encanto, y no sería infiel á sus nobles compromisos.

El marino no era un perjurio, puesto que nunca me había dicho una expresión amorosa; pero ¡ay! sus ojos hablaban bastante.

Regresé á mi casa después de doce días de ausencia, y mi querido padre se alegró en extremo, porque para verme tenía que ir á todas horas á casa de Angela.

Yo estaba triste, privada de la compañía de mi querida amiga, pero satisfecha de mí misma.

CAPÍTULO XIII.

ANGELA HUÉRFANA Y Á MI LADO.

Hacia algunos días que apenas tenía noticias del padre de Angela; el mío le veía á todas horas y socorría á su hija con dinero y consuelos, pero á mí no me decía su estado alarmante por no entristecerme: así era que carecía de noticias.

Una mañana entró Angela en mi casa, pálida y desme-lenada, y sollozando se arrojó en mis brazos; la sostuve y la pregunté alarmada:

—Angela querida, qué tienes? Por qué es ese llanto? ¿Acaso ha muerto?

—Sí, Magdalena mía, me respondió con la voz entrecortada por los sollozos; ¡mi padre ya no existe! ¡Estoy sola, sola en el mundo!

—Por Dios, Angela, tranquilízate y dime: ¿cuándo murió?

—Anoche! contestó la niña con la mayor amargura; anoche se apartó de mí para no hablarme nunca! ¡Nunca! Oh, Dios mío! ¿Qué os hice yo para que me trateis con tanto rigor? ¡No tenía otro amparo en el mundo más que á mi padre, y ese me le arrebatáis! Señor, Señor! ¿Para qué quiero yo vivir sin él? ¡Llévame á mí también!

—Angela, exclamé con tono severo; ¡tú tan religiosa tan virtuosa! Ofendes á Dios no conformándote con su sagrada voluntad.

—Es verdad, Magdalena; no sé lo que me digo! ¡Dios mío, perdonadme y no me castigueis!

La joven no pronunció otras palabras; por espacio de seis horas todo eran lágrimas, sollozos y lamentos.

Yo respeté tan justo dolor y esperé aún otras horas más. Viendo que no se tranquilizaba, la dije con cariño:

—Angela, es necesario que tomes algún alimento. Piensa en tí! Tu padre lo que necesita ahora son oraciones, pues lágrimas le prodigaste ya bastantes: acuérdate que tu dolor no le volverá á la vida. Amiga mía, tú, en la locura del dolor, le dejaste solo y abandonado para venir á decirme la triste nueva.

—Magdalena, es cierto! exclamó la joven recordando; no supe lo que hacía; le dejé solo con la vieja Ana. ¡Yo que, como cariñosa hija, debía velar su cadáver! ¡Corro, corro á su lado!

—Quieta, Angela, la dije yo: á tu padre nada le faltó en vida, y nada se le escaseará en muerte. Desde tu salida, por orden del mío, velan dos sacerdotes al lado de su cadáver, y mañana se le hará el entierro con toda pompa.

Angela nada dijo: volvió á su atonía y siguió así todo el día. A la mañana siguiente se celebraron los funerales del anciano con todo lujo, porque mi buen padre no quiso que faltase nada, comprendiendo que con esto me causaba un placer. Leopoldo le acompañó hasta la última morada, y rezó con fervor sobre su sepulcro.

A las dos de la tarde, Angela se encontró más animada y se levantó; yo que la ví en estado de oírme, la dije:

—Mi querida Angela, tú no tienes parientes; eres huérfana, y yo tampoco tengo más que á mi querido padre; así, pues, ¿quieres vivir á mi lado y ser mi hermana de corazón?

La bordadora me dirigió una mirada de sorpresa, y me dijo como pasmada:

—Será verdad lo que dices! ¡Yo vivir contigo, yo ser tu hermana!

—Y por qué nó, querida mia! Permanecerás á mi lado hasta el día en que puedas casarte con Leopoldo.

Al oír el nombre de su amante, Angela se puso pálida y me dijo con tristeza:

—Mi buena amiga, mi ángel salvador! Con el mayor placer acepto tus bondades, y estoy segura que á tu lado viviré dichosa. En cuanto á Leopoldo, añadió con alguna vacilación, creo... que... ya... no me... ama.

—Qué dices, Angela? gritó yo alarmada; ¡por Dios, explícate, habla!

—Magdalena, desde que tú te separaste de mí para venir á tu casa, Leopoldo casi nunca me hablaba, y cuando lo hacía era con aire distraído y fastidiado. Ay! quizá ya no me ama! ¿Para qué sirve una huérfana pobre, sin belleza y sin talento? Oh! querida mia! Esto me haría mucho daño! Pero qué se ha de hacer? ¡No tendría otro remedio que conformarme con la voluntad de Dios!

Ah, general! La virtud de Angela era sublime; la encontré hermosa, encantadora, con su noble y dulce resignación; así fué que la dije con fuego:

—Nó, Angela, nó! Tú te engañas; Leopoldo te ama y serás su esposa. Para qué se ha de dilatar vuestro enlace? Para qué aspira él á llegar á capitán? Pues que pida la Real licencia; yo soy rica; tú eres mi hermana, y como mi hermana querida tendrás parte en mis riquezas.

—Cuán buena eres, Magdalena! me respondió Angela asomando á sus labios una triste sonrisa. Oh! ¡Si yo tuviese razón! Si Leopoldo hubiese dejado de amarme!

—Imposible, imposible! exclamé yo exaltada. ¿Como no amarte, si eres la criatura más pura y más virtuosa que he conocido? ¡No tienes ningún motivo para creer ese absurdo! Tu novio quizá estuviese disgustado de ver á tu padre en tan triste estado, y esa sería la causa de su indiferencia. Verás cómo te engañas!

En aquel momento entró un criado, y me dijo:

—Señorita, un joven caballero, con el uniforme de marina, desea ver á las señoritas.

—Que pase, que pase al momento, le contesté. ¿Ves, Angela? Mira cómo desea hablarte! Tienes que pedirle perdón de tus malos pensamientos.

Angela me dirigió una dulce mirada, y una leve sonrisa de satisfacción asomó á sus labios.

Entró el marino; al verle Angela prorumpió en sollozos, y él también se conmovió bastante.

Yo les dejé desahogar su dolor, y al cabo de un rato dije:

—Vaya, vaya! Basta de lágrimas, señores: lo sucedido no tiene ya remedio. Siéntese V., Leopoldo, y ayúdeme V. á tranquilizar á esta cavilosa.

Angela me miró con ademán suplicante, sin duda para que no dijese nada.

—Qué quiere V. decir, señorita? me preguntó el marino.

—Nada, sino que consuele V. á mi amiga. Quizá su voz de V. tenga más imperio en su corazón que la mía.

—Por qué me dices eso, Magdalena? me preguntó con dulzura Angela; de qué te quejas? ¡No sabes que yo te quiero mucho, y que mi agradecimiento es tan grande como mi cariño? ¿A quién sino á tí debí mi padre su buena asistencia? ¿A quién sino á tí el que tuviese un entierro arreglado á su clase?

—Oh! V. es muy buena, señorita, me dijo el marino con pasión.

—Desechemos las ideas tristes, atajé yo con imperio para interrumpir aquellos elogios. El pasado no tiene remedio, pensemos en el porvenir; pensemos en el próximo casamiento que debe unir á dos seres tan dignos el uno del otro. Leopoldo, Angela, cuando van VV. á fundar una familia, supuesto que carecen de ella?

El marino me dirigió una mirada vacilante, y me dijo con alguna turbación:

—Mi casamiento no depende de mí, sino de que el Gobierno me haga capitán.

—Bah, bah! exclamé yo con fuerza; para nada necesita V. de los favores del Gobierno; yo soy rica, y Angela es mi hermana; con eso le digo á V. bastante, Leopoldo.

—No la comprendo á V., señorita, me dijo el joven con altivez.

Pues creo que no es difícil. Pide V. su licencia absoluta, se casa V. con Angela, y todos juntos nos vamos á Salamanca.

—Eso, señorita, se parecería á una limosna! exclamó con orgulloso tono Leopoldo. Tengo una carrera honrada y me basta!

—Leopoldo! gritó Angela angustiada y temerosa de que me ofendiesen sus palabras.

—Sí, Angela, lo repito; añadió el marino con entereza: nada quiero que no me corresponda de derecho. No pediré mi licencia, y no me casaré hasta que sea capitán de navío.

—Lo será V. dentro de dos meses, exclamé yo alegremente.

Ya puede V. ir preparando sus regalos de boda, pues dos meses se pasan pronto. A no ser, añadí deteniéndome y examinándole con indecible ansiedad, que V. no piense de ese modo y quiera diferir sus compromisos.

—Soy caballero, señora; respondió el marino con calor, soy caballero y cumpliré mi palabra.

Angela al oír esto se puso pálida y tuvo que apoyar su hermosa mano en una mesa, para no caerse; pero Angela era una alma fuerte, se repuso en seguida, y dijo al joven con solemne tono:

—Señor de Nogueira, no se trata de cumplir ninguna palabra, ni ningún compromiso de caballero; era tan sólo un compromiso de amor; desapareció éste, y es V. libre.

El aire de Angela era solemne y digno, pero también triste y angustioso. Yo me estremecí, y exclamé vivamente:

—Leopoldo, V. no aceptará esa libertad que se le ofrece en un momento de enojo, ¿no es verdad?

Mi ademán era tan firme y suplicante á la par, que Leopoldo me miró con sorpresa y pasión, y sin duda debió leer tal decisión en mis ojos, que dijo á mi amiga:

—Perdona, Angela, que me haya dejado llevar de la impetuosidad de mi genio, y no atribuyas á falta de cariño lo que sólo fué dignidad bien entendida.

General. Angela amaba, ¡y qué mujer que ama deja de perdonar al objeto de su amor, cuando se la ofende levemente! Vaciló, sin embargo, un momento; pero á una señal mia entregó su mano al marino, que se la estrechó con ternura.

Me pareció lo más prudente retirarme algunos momentos. Así lo hice, y cuando volví á entrar ya se había retirado el joven marino; pero no me quedó duda de que la reconciliación había sido sincera, pues el rostro de Angela demostraba el más puro gozo.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Desde la última vez que nos comunicamos con las amables lectoras de EL CORREO, por medio de la Revista que acostumbramos á dedicarlas, el aspecto de la corte ha variado casi por completo. Las pardas nubes han cubierto el espléndido azul del alegre cielo de Madrid, que tan envidiado es de la mayor parte de las cortes europeas. Las calles y paños han estado desiertos á causa de la lluvia, y los árboles de las frescas alamedas y poéticos bosquecillos han perdido mucho de su verde follaje, tapizándose el enlodado suelo con las amarillentas hojas, desprendidas al impulso de las destempladas brisas de los últimos días de otoño. Mas como, según las eternas leyes de compensación, todas las contrariedades, lo mismo que todos los placeres, tienen su vuelta de hoja, en cambio del frío y del viento que desnuda los árboles, el invierno tiene en Madrid tantos atractivos, que más bien es deseado que temido.

Aún no han comenzado las reuniones, pero ya los proyectos son una distracción para las personas de la buena sociedad.

Los teatros están animadísimos, y las obras dramáticas, tanto las buenas como las medianas, han logrado en la presente temporada imprimir vida y movimiento en el público, que ha pasado de uno en otro coliseo, no dejando languidecer el interés.

Las empresas á su vez hacen grandes esfuerzos por complacer á la concurrencia; y si una obra no ha gustado, no por eso se desaniman, y esta es la causa de que los teatros tengan este invierno mayor vida que en los anteriores.

Como la reseña de espectáculos es siempre el objeto principal de nuestra Revista, vamos á decir dos palabras de cada uno de los coliseos, así como de las obras en ellos estrenadas ó puestas en escena.

Comencemos por el Español, que no está por cierto muy afortunado en la presente temporada con las obras nuevas, pero en cambio *Locura de amor* y *La rica hembra* han proporcionado merecidos triunfos á la eminente Teodora y á todos los demás artistas que la han secundado. De *El baile de la condesa* ya nos hemos ocupado; y después nada nuevo que haya sido notable se ha puesto en escena en dicho teatro, pues el drama *Rafael* es un arreglo de una novela de escasísima importancia, hecho principalmente para que en él luciera sus facultades dramáticas el actor D. Antonio Vico, objeto que el arreglado consiguió cumplidamente. Siguió luego el estreno del proverbio *Quien bien te quiera...*, obra que obtuvo un éxito menos que mediano, y que pasó á los tres días á mejor vida. *La rica hembra* y el popular drama *Don Juan Tenorio* hicieron olvidar por completo el proverbio, y ahora se espera con interés la aparición de un drama histórico titulado *Don Carlos de Austria*, del cual se tienen muy ventajosas noticias.

Más afortunado el coliseo que dirige el Sr. Catalina, ha escuchado en su recinto aplausos tan entusiastas como justos, prodigados á una de nuestras glorias literarias y á todos los actores que interpretaron la obra; nos referi-

mos al drama histórico, original del eminente poeta García Gutiérrez, *Doña Urraca de Castilla*.

La misma tempestad de censuras y elogios que ha levantado esta acabadísima obra, es la mejor prueba de su gran mérito; y ya que lo limitado del espacio de que podemos disponer para esta Revista nos impide reseñar una por una todas las bellezas que encierra, todo el interés dramático que tienen sus bien ideadas situaciones, todos los elevados conceptos que se escapan de sus hermosos versos y la profusión de galas poéticas y de sublimes pensamientos en que abunda, plácenos por lo menos consignar en estas cortas líneas que nos es permitido dedicar á dicha obra, que según nuestro pobre juicio, es una de las más acabadas producciones dramáticas que se han escrito hace ya mucho tiempo, por más que críticos hartos descontentadizos la pongan algunos puntos negros.

Doña Urraca de Castilla, si como drama histórico se separa algún tanto de la verdad, sin que por eso esté afeada con ningún anacronismo ni por la suplantación de hechos importantes, como obra dramática es un modelo de unidad de acción; tiene caracteres sostenidos hasta el fin con valentía y sin esfuerzos; y lo sonoro de la versificación, lo castizo del lenguaje, la sana moral del pensamiento y la suma de bellezas poéticas que encierra toda ella, bastan por sí solos á convertirla en una joya literaria de inestimable valor, y es uno de los más preciados florones que en su rica corona de poeta puede con orgullo ostentar el laureado autor de *Simon Boca-negra*, *Trovador* y *Venganza Catalana*.

De la manera de ponerla en escena nada tenemos que decir; porque el empresario del Circo es único en este género, y ni la crítica más exigente podrá hallar nada que reprocharle en lujo, propiedad y minuciosidad en los detalles.

La ejecución nada dejó que desear: Matilde estuvo á la altura de su nombre, y la señorita Castro justificó las esperanzas que el público había concebido al verla por primera vez en el *Otelo*; todos los demás actores cumplieron como buenos, y á todos alcanzaron los aplausos, que fueron tantos y tan espontáneos, que verdaderamente regocijaban el ánimo por lo mismo que eran tan merecidos.

Para el primero del presente y los tres días sucesivos, la empresa del Circo preparó el drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio*, cuyo protagonista desempeñó el actor don Pedro Delgado, siendo muy aplaudido, así como la señorita Castro, que hizo el papel de doña Inés, y Calvo el de D. Luis Megía.

Retirado el *Don Juan*, volvieron á comenzar las representaciones de *Doña Urraca*, que el público no se cansa de ver y aplaudir, y es de esperar que continúen hasta que la empresa tenga preparada una nueva obra importante que, según nuestras noticias, será un drama del Sr. D. Antonio Hurtado, ó una comedia de don Enrique Gaspar, el aplaudido autor de *La levita* y *Los niños grandes*.

El elegante coliseo de Jovellanos ha tenido sus alzas y bajas con respecto al favor del público; pero la última zarzuela *El atrevido en la corte*, libro del Sr. D. Luis Mariano de Larra y música del Sr. Fernandez Caballero, ha obtenido un éxito tan lisonjero como inmerecido; dándose de ella un respetable número de representaciones, pues sobre todo la música es muy agradable, y merecieron siempre varias piezas los honores de la repetición. También gustó mucho la producción del Sr. Zapata, *La bola negra*; y con estas obras se esperará con menos impaciencia la zarzuela semi-bufa *El tributo de las cien doncellas*, que será la producción que siga á las que hoy se están cantando.

En el teatro de La Alhambra se representa con buen éxito una comedia melo-dramática titulada *El sueño de la vida*: es lo único que hemos visto en dicho teatro.

Nada nos resta ya que decir con respecto á espectáculos, sino consignar con placer que *Los Hugonotes* han vuelto la animación que había desaparecido del teatro Nacional de la Opera; pues hasta el presente se habían cantado los más bellos *spartitos* del repertorio de la música italiana en medio de la glacial indiferencia del público, que, excepción hecha del bajo Selva, del joven tenor Stagno y de algún otro cantante, no estaba nada complacido con la compañía presentada por el Sr. Robles; tanto más, cuanto que la subida de precio en las localidades le daba derecho á ser exigente.

Por fin, las promesas de nuevos artistas que deben llegar á mediados de temporada y la buena interpretación de la obra de Meyerbeer, que tanto ha gustado siempre en Madrid, han calmado los ánimos, y el coliseo de la plaza de Oriente vuelve á verse animado y concurrido.

Nada más ocurre de notable en esta coronada villa que creamos digno de ocupar la atención de nuestras bellas lectoras, y por lo tanto damos por terminada esta Revista, prometiéndolas ser más puntuales en adelante, cuando los salones se abran y comience el interés que siempre despiertan las reuniones de la buena sociedad, unido al de las novedades teatrales, que siempre procuraremos no descuidar.

SOFÍA TARTILAN.

Explicación del Figurín 1050.

FIG. 1.^a *Sombrero verde de dos tonos*.—El verde oscuro es terciopelo, el más claro fayé. Las barbas son de tul moteado guarnecido con encaje ancho, completando el adorno *aigrette* y pluma de avestruz, puesta sobre el costado izquierdo y vuelta hacia adelante, y cinco lazadas de los dos tonos, en forma también de *aigrette* y colocadas al pie del mismo *aigrette*.

FIG. 2.^a *Sombrero de fieltro gris*, guarnecida con una cinta de moiré negra, formando lazos alsacianos sobre el costado y sujetando dos plumas de avestruz, rosa la una y la otra negra. El ala vá ribeteada de raso color de rosa. Barba de encaje que forma bridas.

FIG. 3.^a *Sombrero de fieltro café con leche*.—Los biesses

que rodean la copa son de terciopelo, y el lazo del costado de faye color castaño. Un ramo de flores puesto en la copa forma caída por detrás.

FIG. 4.^a *Sombrero de tul negro.*—La diadema es de terciopelo negro, con diadema de faye. Lazo muy alto sobre el costado, compuesto de faye y terciopelo. Ramo de rosas. Las bridas se anudan por detrás.

FIG. 5.^a *Sombrero de fieltro gris.*—El ala de forma María Stuard, lleva debajo una ruche negra. Su adorno consiste en un gran lazo de faye negra en el centro del ala, y pluma gris, que desciende por atrás sobre la moña. Barba de encaje negro anudada también a la espalda.

VARIEDADES.

En números anteriores hemos tenido el placer de recomendar á nuestras suscriptoras la magnífica *Peluquería universal, la Catalana*, establecida en la plaza de Topete, número 15, y hoy vamos á darlas más detalles de la misma, seguros de hacerlas un verdadero servicio. El establecimiento consta de tres lujosas tiendas. La primera es un salon para caballeros, en donde se afeita, se corta y riza el cabello, tiñéndolo también, como asimismo la barba, con suma perfeccion y esmero. La segunda es un despacho de perfumería, en donde se hallan jabones transparentes de Tridacio y todas las demás clases superiores; agua de Colonia, de Farina, de Florida, de violeta; gran diversidad de vinagres higiénicos; cremas, ó blanco para suavizar y hermosear el cutis, de camelia, perla, emperatriz, etc.; aguas para el mismo objeto, de Venus, de Barcelona, la Velutina en polvo, el blanco químico ó *Chimia*; polvos de arroz, de violeta, etc.; aguas y polvos para los dientes, de Botot, Farina y Gelle; aguas para lavar la cabeza, como la quina ateniense y otras muchas; esencias ó extractos de heno, piel de Rusia, miel, verbena, heliotropo, etc.; pomadas y aceites, clases superiores; cosméticos negros, rubios, castaños y blancos; brillantina, diamantina y pomada rubia para la barba; tintes rubio, castaño y negro. También hay un rico surtido de estuches, que contienen lo más selecto para el tocador y cepillos de todas clases. La perfumería se vende al peso. Por último, en el tercer salon hay peinados de suma novedad y gusto inmejorable de bucles, trenzas, rizos, sortijillas, etc. Allí se peina á las señoras á precios módicos, se enseña á peinar y se dá razon de buenas peinadoras.

Pero todas las ventajas que ofrece este bien surtido establecimiento, son nada comparados con la reserva y el esmero de su entendida dueña, en quien las señoras hallarán una discreta y celosa consultora. Las suscriptoras de provincias pueden dirigirse á ella por medio de cartas, y serán servidas al instante.

CORRESPONDENCIA.

M. O.—*Bayona.*—Hé aquí cómo se amuebla generalmente el aposento de una joven soltera. La cama y la mesa de tocador deben estar medio ocultas entre cortinajes de muselina blanca, sujetos con lazos azules ó rosa. Si estos cortinajes fueran obra de la dueña del aposento, tendrían doble mérito. Un reclinatorio, un armario de espejo, una mesita de noche, un pequeño buró, un costurero, sillas y taburetes completan su adorno. Todos estos muebles deben ser sencillos, de forma lijera, y no brillar más que por su esquisita limpieza.

Inútil es decir que el armario de espejo puede remplazarse con otro mueble cualquiera en donde se guarden las ropas de diario. Algunas obras escogidas en un estante de madera, igual á la de los muebles, y adornado de lambrequines, algunas macetas en el balcon, algun pajarillo en su jaula, darán una idea excelente del carácter de la persona que debe habitar en aquella estancia.

San Pedro.—Nuestra tarea es muy grata, cuando hallamos quien nos comprenda y nos aprecie. El número siempre creciente de nuestros suscritores, confirma los elogios que V. se digna prodigarnos; pero aunque recibimos innumerables cartas felicitándonos por el buen éxito de nuestra empresa, ninguna nos ha conmovido tanto como la de V., y siempre nos esforzaremos en merecer sus simpatías. Bórrale V. sin temor sus trajes y abrigos, pues el bordado es lo que está más de moda, y como adorno costoso durará mucho tiempo. El bordado color sobre color, pero de distintos tonos, es mucho más distinguido que negro sobre color.

D. O.—*Valencia.*—Para saber si el café molido está mez-

clado con achicorias, basta poner un poco de café en un vaso lleno de agua. El café se quedará en la superficie, dejando el agua completamente limpia, y la achicoria caerá al fondo, tiñendo el agua de un color amarillento. Para conocer si el vino es puro, basta mojar en él una miga de pan, y después que esté bien empapada, ponerla en un plato lleno de agua. Si el vino está falsificado, el agua toma al instante un color encarnado que tira á violeta; si no, el agua no cambia de color más que después de pasado algun tiempo, y el color que toma es de ópalo.

Aguardando mi periódico querido.—Busque V. en el guarda-ropa de su señora madre, y saque los vestidos de moiré antique, los bordados á la inglesa, los chales de cachemir, las blondas, y reformando algun tanto todos estos objetos, vestirá V. de última moda. Este invierno se llevarán abrigos hasta sobre las polonesas, y los que gozarán de más favor serán las esclavinas de diferentes formas y tamaños.



TIPOS DE BAHÍA.

Desde mi blanca casita.—Para limpiar ó blanquear los chales y telas de cachemir, se procede del modo siguiente: se ponen á remojo por algun tiempo en una cubeta con agua limpia. Entre tanto se echan en otra cubeta 15 litros de agua, 100 gramos de jabon bueno y 150 gramos de hiel purificada. Se lavan en esta composicion las telas, y luego se enjuagan en agua muy limpia, ligeramente cargada de alumbre.

Luchas amargas.—No se separe V. por ningun concepto de su joven esposo. Dios lo ha dicho: la mujer dejará á sus padres y á sus hermanos para seguir á su marido. V. le ha jurado al pié de los altares compartir su suerte, y debe compartirla, sea cualquiera el lugar adonde le arroje su destino. Piense V. en lo peligroso de una separacion prematura. El hombre que ha buscado una familia, si se encuentra solo, buscará el calor de otros corazones. Piense V. además en sus hijos, á quienes no debe privar de las caricias y los prudentes consejos de su padre. La distancia enfria el cariño entre los seres más allegados, y quebranta los lazos más estrechos. Tenga V. valor, parta V. Dé V. un adiós á sus padres, á sus hermanos, á su querida aldea. La vida de una mujer es una vida de sacrificios, y en esto estriba su mayor blason, su mayor gloria. El lugar de la mujer casada es la casa de su marido. Cumpla V. su deber, segura de que en el cumplimiento de los deberes se hallan las más puras y legítimas alegrías de la tierra.

En la época de los bailes, nada puede ser más útil que saber cómo se

limpian los zapatos de raso blanco. Esto es muy sencillo. Se toma un tarugo de algodón, empapado en espíritu de vino, y se frota en él el zapato, secándolo después con otro tarugo de algodón seco.

C. M. M.—Perdone V.: su bello escrito acerca del día de difuntos no se ha podido insertar por no haber llegado á tiempo; se hará más adelante.

Soluciones á la charada inserta en el número 39 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Octubre, por D.^a Carmen Martínez de Marqués, de Badajoz; D.^a Dionisia Ojea-regui, de Pamplona; D.^a María de los Dolores de Sainz y Rozas, de Bilbao; D.^a Andrea Lucena, de Barcelona; doña Casimira Arteche, de Zaragoza; D.^a Juliana Santafiel, de Sevilla; D.^a Gerónima Bolívar, de Santander; doña Carmen Solsona, de Lérida; D.^a Rosa Benavente, doña Gertrudis Berechea, D.^a Estrella Lafuente, y los Sres. D. Gustavo Escandon, D. Eusebio García Rialto, D. Dionisio Alero, D. Jesús Pino, D. Francisco Esquero y D. Anastasio Suarez.

Solucion de dicha charada:

SINO.

CHARADAS.

I.

Si pasas por la puerta
De prima y cuarta,
Y la ves en la reja
Do está asomada,
Fijate en ella,
Que no has visto en tu vida
Mejor doncella.
Aunque prima y segunda
Tú te volvieras,
Y al universo entero
La vuelta dieras,
Por Santa Marta,
Que no hallarás ninguna
Tan terciá y cuarta.
Ayer hablé con ella,
Pedíla un beso,
Y me dijo encenida:
No entiendo de eso,
Si quieres, sólo
Te daré esta frutilla,
Que este es mi todo.

GABRIEL MALDONADO.

II.

La primera repetida
Es una fruta muy buena;
La segunda un rico vino
En aristócratas mesas.
Prima y tercera en el campo
Una propiedad demuestra,
Y el todo es un gran pueblo
Muy celebrado en la Grecia.

J. R.

ALMANAQUE DE SALON

POR T. GUERRERO Y C. FRONTAURA.

Cuatro reales en toda España.

Contiene el Santoral completo para 1873; un *Calendario de las letras, las ciencias y las artes*, en que figuran los hombres notables del presente siglo; caricaturas graciosas con juguetes literarios de los Sres. Guerrero y Frontaura. Se vende en la plaza de Matute, 2, y en las librerías de Madrid.

Se remite á provincias, enviando *cuatro reales* al Administrador de los CUENTOS DE SALON.

LA SILENCIOSA PERFECCIONADA.

MÁQUINA DE COSER, PARA LA FAMILIA.

Tiene aparatos especiales para hilvanar, bordar, coser, dobladillar, ribetear, sobrecargar costuras, etc., cosiendo indistintamente con uno ó dos hilos.

D. Antonio de Paz, en Santander, remite más detalles, muestras de labores, lista de precios y modelos de dicha máquina.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La confusion que se ha armado con los nuevos sellos, nos obliga á rogar á nuestras suscriptoras, que prefieran para sus pagos las letras ó libranzas, y sólo en el caso extremo de no poder utilizar este medio de giro, apelen á los sellos de franqueo, prefiriendo los de 25 y 50 céntos. de peseta.

Los sellos deben venir en carta certificada, sin cuyo requisito esta Administración no responde de su extravío.

Las Sras. Suscriptoras á la Edicion de Lujo, recibirán con este número el figurín iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.